

RECENSIONES

1) SISTEMÁTICA

Duns Scot, *Sur la connaissance de Dieu et l'univocité de l'étant. Ordinatio I, Distinctio 3, I partie — Ordinatio I, Distinctio 8, I partie — Collatio 24*. Introduction, Traduction et commentaire par Olivier Boulnois (París: Presses Universitaires de France, 1988) 496 pp.

Se trata de la edición crítica, en versión francesa del autor, de aquellos textos del gran medieval franciscano indicados en el subtítulo de la obra, que tienen en común la cuestión de Dios, tal y como el autor la ve planteada en Escoto: como cuestión fundamental de carácter ontológico y teológico. Un planteamiento que resulta de la metafísica escotista de la univocidad del ser, metafísica alternativa a la metafísica de la analogía del ser, propuesta por su creador como única posible que pueda hacer justicia al objeto de la teología, esto es a la realidad de Dios. Considera con razón Boulnois que la prueba de la existencia de Dios es una de las propuestas más originales de Escoto y quiere por ello ofrecer los textos que pueden dar cuenta de esa originalidad y de su consistencia ontológica: la *Ordinatio I, 3 (De la cognoscibilidad de Dios)*; I, 8 (*De la simplicidad de Dios*); *Collatio 24 (De la univocidad del ser)*.

El autor considera la autenticidad de los textos fuera de toda duda y apela a ellos como lugar preciso donde puede darse con esa cuestión central de la metafísica escotista que es la univocidad del ser, subyacentes a todas las afirmaciones importantes del filósofo y teólogo medieval. Los textos son los de las ediciones críticas latinas, también críticamente contrastados por el autor. Así el primero de estos textos, la *Ordinatio I, 3*, está tomado de la edición de las *Opera Omnia Joannis Duns Scoti Doctoris Subtilis et Mariani, (...) Studio et cura Commissionis Scotisticae, praeside P. Carolo Balic* (Civitas Vaticana, III, 1954, pp. 1-123), a la cual Boulnois hace algunas anotaciones que indica en nota. El segundo texto, la *Ordinatio I, 8* pertenece a las *Opera Omnia IV* [1956] pp. 153-277; también anotada textualmente en algunos puntos, ateniéndose a acotaciones críticas a la edición vaticana realizadas por V. Richter y G. Ganizzo de manera independiente cada uno. El tercer texto, la *Collatio 24* llega a la traducción del autor contando con ediciones diversas. El editor y traductor se atiene a la de Balic, si bien la corrige con la de Harris.

La edición va precedida de una buena Introducción, cuyo título reza: *La destruction de l'analogie et l'instauration de la métaphysique* (pp. 11-81). Le interesa a Boulnois explicar la noción escotista de univocidad, pero se trata de definir la univocidad para mejor entender que este concepto fundamental de Escoto tiene como mira aclarar el mismo concepto de ser como objeto inmediato de la inteligencia humana, finita, origen de la metafísica y punto de partida de la

teología. Esto último porque sólo mediante la delimitación de los modos del ser, *finito e infinito*, se puede alcanzar la distinción entre Dios y el mundo sin que Dios quede reducido a su propio mundo, pero sí abarcado por el único concepto posible entregado al entendimiento y punto de partida de la metafísica que es el concepto unívoco de ser.

Sobre este punto de partida levanta Escoto la prueba de la existencia de Dios, que no tiene como referencia necesaria la analogía sino la univocidad del ser: Dios puede existir porque se puede concebir como modo infinito del ser, no reducible a un ser más, aunque éste pueda ser concebido como el más excelente, concepción que es, según él, el riesgo de la analogía. Los atributos de Dios se definirán partiendo de este supuesto. Mas siendo problemática la prueba, para Escoto es decisivo el punto de partida de la univocidad, pues de él depende que haya de responderse afirmativamente a la posibilidad del conocimiento divino.

En la Introducción el autor va desgranando los pasos que los textos editados encierran, tanto en la reconstrucción de la metafísica por Escoto como en el acceso a Dios y a su esencia. Todo ello en una forma clara y metodológicamente atenta a la comparación con la metafísica tomista y los problemas de la tradición filosófica y teológica de la Escolástica cristiana e islámica, de la filosofía moderna y contemporánea.

Los textos además de llevar la numeración de las ediciones críticas que han servido a su traducción, han sido reenumerados según párrafos por Boulnois en negrita y del modo siguiente: 280 núm. para la *Ordinatio* I, 3 (pp. 83-201); 222 para la *Ordinatio* I, 8 (pp. 203-296); y 29 para la *colatio* 24 (pp. 297-307). El amplísimo aparato crítico (pp. 309-469) aporta no sólo la crítica textual propia, ciertamente muy escasa, sino sobre todo los textos complementarios de la obra de Escoto, las aclaraciones, bibliografía, etc. Acompaña la edición una bibliografía de autoridades aducidas por Escoto, de autores posteriores a él y de autores alegados en el aparato crítico. Además, un léxico latino-francés; un índice de autores citados por Escoto; y un índice de materias.

A. González Montes

F. Varone, *El dios «sádico». ¿Ama Dios el sufrimiento?* Traducción del original francés de Jesús García Abril. «Presencia teológica», 42 (Santander: Sal Terrae, 1988) 259 pp.

El autor de este libro, rector del seminario diocesano de Friburgo de Sion, de Friburgo de Suiza, lo es también de otro libro que escribió antes, con el título *El Dios ausente. Reacciones religiosas, atea y creyente* (publicado en la misma coleccion «Presencia teológica», n. 35, por la Editorial Sal Terrae en versión española). Igual que éste, el libro que ahora nos ocupa es uno de esos libros que suscitan inmenso interés en sus lectores. La clave del éxito: sientan una tesis y pretenden probar lo que afirman postulando de entrada la falsedad de alguna otra tesis que se proponen desplazar. ¿Cuál es la tesis que se sienta y pretende probar? Que la referencia absoluta de toda posible comprensión de Jesús y de su misión es el «profetismo humano» que asumió como programa, contra el «profetismo del poder» que quiso combatir. En ello estriba la razón humana (contando con los diversos elementos que contribuyeron a su muerte) y teológica, que permite una interpretación correcta de la vida, muerte y resurrección de Jesús como acontecimiento salvífico. Una tesis que el autor desarrolla con la pretensión de desplazar la interpretación «satisfactoria» de la redención obrada en Cristo, por ser ésta una interpretación «religiosa» y por eso mismo viciada. Para

que tal tesis pueda sostenerse es preciso explicar qué entiende el autor por religión y qué por su alternativa «salvación reveladora», única posible como lectura teológica del hecho soteriológico cristiano.

El autor elabora su libro en tanto que desarrolla su tesis, que alternativamente va eliminando los visos de legitimidad de la tesis que desaloja. Un cap. 1.º (pp. 15-29) está dedicado a la exposición de la relación entre *sangre y cristianismo*, aceptando de entrada la interpretación que de la relación entre violencia y sacralidad (sacrificio) ofrece R. Girard en sus obras, interpretación que ha llevado al fenomenólogo francés a apreciaciones distorsionadas sobre el Nuevo Testamento y sobre su unidad fundamental. Sin duda un punto de partida que, en gran medida, hace problemático mucho de lo que después se dice en el libro. El cap. 2.º (pp. 31-55) está dedicado al proceso que, según el autor, se aprecia en el cambio de la actitud religiosa del profeta Elías: tránsito de un «profetismo del poder», cuyo fundamento es la religión como poder del sistema que legitima Baal, a la revelación de la *diferencia*, donde se manifiesta la verdad de Dios y del hombre (teofanía del Horeb). Establecido el paradigma el autor pasa ahora de Elías a Jesús, para describir en el cap. 3.º (pp. 57-118) el combate que llevará a Cristo a la muerte por mor de su propio programa: el «profetismo humano» como mediación de la revelación de Dios. El autor indaga las causas de la muerte de Jesús, la razón teológica. Varone asegura que siendo como es una fórmula «revelada y perfectamente verdadera» que «Jesús murió por nuestros pecados», sin embargo, «no deja de ser extremadamente 'mutiladora' de la vida y de la acción de Jesús si no se enraíza, ante todo, en la realidad histórica de su combate profético. Por tanto, para recuperar correctamente el sentido de la fórmula 'Jesús murió por nuestros pecados', y especialmente para evitar caer en la trampa religiosa del Dios que exige la muerte compensatoria del inocente, hay que comenzar diciendo algo que, en apariencia, es justamente lo contrario: Jesús no murió por nuestros pecados, en el sentido de que tuviera que satisfacer una exigencia formal de Dios; Jesús murió *porque llevó hasta las últimas consecuencias su combate profético*» (p. 57). Este es el núcleo de ambas tesis: de la que se rechaza y de la que se postula.

El cap. 4.º (pp. 119-182) es teológicamente importante, al afrontar el autor algunos núcleos doctrinales que es preciso reformular a la luz de la tesis antes expuesta: recuperación del valor «sacrificial» de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, descritas como tales en la Carta a los Hebreos, puesta bajo sospecha por R. Girard; para concluir la sec. primera del cap. con la afirmación de un eslogan programático en teología conocidísimo, porque es de Carlos Barth: de la «religión a la fe» (vea el lector su ed. en español: K. Barth, *La revelación como abolición de la religión* [Madrid-Barcelona: Marova-Fontanella 1973], que obedece al parág. 17 de la sec. 3.ª, del cap. 2.º, de la *Kirchliche Dogmatik*, vol. I/II). Un programa que ha alimentado toda una forma de afrontar la *teología de la religión* teológicamente no demasiado feliz. Posturas, en cambio, como las de Rahner o Pannenberg, por poner dos modelos de diferente corte pero de inspiración semejante, han resultado mucho más fructíferas. ¿Cuál es la razón fundamental? Distinta en Barth y en Varone, sin duda. En este último caso, se trata de una postura demasiado condicionada por la crítica a la religión como sistema legitimador de deshumanización y represión, que va desde la Ilustración, pasando por la crítica del siglo XIX y de los maestros de la sospecha, hasta las más actuales y recientes teorías sociales generalizadoras, en las cuales la religión se explica tan sólo por instancias externas a ella misma (postulado que no se prueba, pues se da por supuesto). Cuando no se parte de los supuestos tópicos de la crítica histórica de la religión, los cuales exigen, para que encaje la teoría explicativa de la misma, partir de la patología ya individual ya social de la religión.

La sec. segunda del cap. afronta la cuestión del «castigo» divino como trasfondo teológico de la teoría de las satisfacciones, de la cual en su momento se ha

dicho ser inexistente en todo el Nuevo Testamento (p. 120). Ahora es la Carta a los Romanos la que es preciso recuperar (la «manifestación de la cólera de Dios»: v. 1, 18 ss.); para concluir con una reformulación de la misma encerrada en una proposición del tenor siguiente: «La Justicia de Dios para el deseo del hombre». El autor ve el problema que representa la voluntad concupiscente del deseo contra la prohibición de la ley y busca darle solución reconstruyendo la revelación de la cólera divina como revelación del desvelamiento de lo deseado por el hombre en verdad: Dios mismo como consumación del deseo. Un tema que desarrollará en el cap. 6.º (pp. 229-259) a modo de síntesis recapituladora de la relación de Dios con el sufrimiento (revelada en Jesús): de Dios, en fin, con el mal; proponiendo una comprensión de la «existencia salvada» en la Iglesia en la tensión escatológica. Antes de este capítulo, Varone ha desarrollado el cap. 5.º (pp. 183-228), dividido en dos secciones: I. El problema de los orígenes, que representa una reinterpretación de la protología a la luz de su propuesta hermenéutica de la obra redentora de Cristo; y II. La salvación en la historia, dedicada al edesenvolvimiento de la historia, cuya razón está en Cristo.

El libro esá bien construido, pero el interés de su lectura tropieza con la reiteración de algunos tópicos que a veces más dificultan que aclaran la verdad de fe que se quiere «rescatar» de un lenguaje religioso que se rechaza, de su apriornamiento en lo que se entiende por religión, pero que en realidad es la perversión de la religión. Para ello se hace preciso partir de la caricatura y deformación de una imagen tomada de la esfera del foro, como es la «satisfacción» y «expiación vicaria», que resulte previamente tan desfigurada que se torne rechazable por perturbadora. Nadie puede discutir que el enfoque forense de la redención («justificación imputativa» de la Reforma protestante) ha encontrado una resistencia firme en la teología católica, y que hoy el privilegio de esa concepción forense dentro de la Reforma ha encontrado a su vez una reformulación posible gracias al diálogo ecuménico. Con todo, la Reforma no sólo sigue encontrando dicha doctrina, vertida en una imagen del foro, valiosa en sí misma, sino dando cuenta de que es inseparable de su justificación antropológica. Explicar el *status* antropológico del hombre caído y del hombre redimido ha sido de primer orden para la convergencia ecuménica. En esa explicación cuanto se dice en la obra de Varone sólo resulta acertado cuando se vincula la imagen del foro a una concepción ciertamente «sádica» de Dios. A esta concepción pueden haber sido más o menos proclives ciertas teologías de la predestinación y de la cólera, pero no son en manera alguna las más extendidas ni tampoco las predominantes. Y de ningún modo leída esa teología sospechosa en clave social, sobre todo después de la crítica de Nietzsche y de Freud a la patología religiosa, que no a la religión.

Ahora bien, si la doctrina de la satisfacción se la desvincula del postulado socioreligioso de fondo feudal (el honor ofendido del señor, que exige la reparación adecuada), ¿seguiría sin resultar aceptable? Leonardo Boff, por ejemplo, ha insistido en una crítica al concepto de satisfacción demasiado vinculada al supuesto socioreligioso feudal, que pudo influir en la concepción que habría de poner en circulación teológica el opúsculo de san Anselmo *Cur Deus homo?* sobre la obra redentora de Cristo. Varone se sitúa en la misma óptica, aunque acusa poco el paralelismo del planteamiento, si bien, mientras al brasileño Boff le interesa la cuestión social, al europeo Varone le interesa la situación de la conciencia religiosamente culpabilizada del hombre, que no puede soportar los terrores de una imagen amenazadora de Dios. Con Freud por supuesto en la trastienda, servido por la inadmisibles transferencia de la cruel ritualidad del sacrificio a la muerte de Cristo llevada a cabo por Girard, para quien Freud no habría aceptado, ciertamente, pero sí habría bordeado la verdad abismal de la religión.

No es posible entrar en los muchísimos problemas que la obra plantea. Yo sólo me fijo en el de la naturaleza de la religión, pareja para el autor de una imagen o fantasma de Dios que sería preciso desechar; y que está tras la concepción del sacrificio como fundamento de la satisfacción vicaria, expiatoria y reparadora. Hay algo de implacable en esta interpretación de la religión, que la vuelve contra la razón que da fundamento a su universalidad y su persistencia como dato antropológico universal en las culturas. ¿Acaso no pusieron ya de relieve E. Durkheim igual que B. Malinowski y Max Weber que la religión funda racionalidad y orden y genera sentido, justamente contra la tesis de Varone? Para éste la religión genera terror. Detrás hay la dificultad de explicar la condición de Dios como «juez justo» y la posibilidad del «castigo», que Varone no explica y tan sólo desecha, porque no le resulta integrable en una concepción que de verdad salve a Dios como «Dios bueno». Dios concebido como ese «Dios bueno» sólo tiene un lugar donde se revela: como revelador de la justicia que humaniza, objetivo y razón del profetismo humano y humanizador. Y esto es verdad, pero sólo sobre la base de la consistencia realísima de la culpa que sobre el hombre arroja el pecado, que le destruye y hace recaer sobre él un castigo que no le infringe Dios, sino él a sí mismo, que echa sobre su propia espalda («Dios los entregó a las apetencias de su corazón (...) a concupiscencias infamantes» (la ley del «deseo» en el lenguaje psicoanalítico del autor), de Romanos 1, 26) al alejarse de Dios, donde sólo hay dolor y muerte: dolor y muerte que son así voluntad del pecador. Mas ¡aquí entra en juego el elemento sacrificial que el autor no ve, cegado por la crítica a la religión: que aquello que Dios aparentemente Dios no puede hacer, resulte de hecho posible beneficiosamente para el hombre.

Es decir, que la aniquilación y muerte que genera la nada puedan ser asumidas por Dios y transformadas en vida. Lo que sólo a Dios es posible porque sólo él ama como para vencer en el amor el mal y la muerte. ¿Acaso desde este modelo de reflexión no resulta recuperable la doctrina de la sustitución, doctrina que él afirma que no existe en todo el Nuevo Testamento? Claro que no existe si por tal se entiende la perversión de la misma, en correspondencia con una imagen sádica de Dios.

Lo más inaceptable, lo rechazable es que esa sea la imagen que además corresponde a la religión. Esto no se deduce de la fenomenología ni de las ciencias de la religión, que hablan contra la tesis de Varone. En la religión, que tiene ciertamente como un elemento central el sacrificio, las cosas son de otro modo. Sucede en el sacrificio, que antes que nada es afirmación de Dios como fuente de la vida simbolizada en la sangre derramada, que Dios se revela en dador y señor de la vida. No puedo entrar aquí en la naturaleza del sacrificio en la religión, como tampoco lo hace el autor en el libro. Es cierto que las religiones se pervierten, que se han pervertido y que entregadas a la concupiscencia del hombre dan lugar a una imagen aterradora de Dios. Insisto: es la perversión de la religión, no la religión ni tampoco la clave religiosa de la existencia la que caen bajo esa crítica. De modo que es legítima la imagen del foro que hace de Dios legislador y Juez supremo, pues sólo a él compete el juicio en el que se revela la verdad profunda que asiste a las acciones del hombre: generan vida o muerte según la obediencia a la voluntad divina que las alimenta o la desobediencia que las lleva a la nada. En este sentido el concepto de redención expresado en la imagen neotestamentaria del «rescate» pagado a alto precio (la sangre de Cristo) requiere ciertamente una «reconversión» humanista —tiene razón el autor—, porque es una imagen cuyo contexto cultural ya no es el nuestro, pero esa reconversión que representa reformular la doctrina de la sustitución no se logra demonizando la religión, como si la clave religiosa universal de la existencia no pudiera servir de mediación —contra el parecer de toda la obra de la predicación por la Iglesia del Evangelio— a la obra redentora de Cristo. Contra ello

habla todo el Nuevo Testamento y la Carta a los Hebreos que el autor se empeña en rescatar de su natural contexto religioso.

El libro resulta así polémico y su carácter revulsivo puede hacer tanto bien a unos como mal a otros; sin que yo entre aquí en otros problemas que el libro plantea. El prólogo de Ch. Duquoc que avala el libro dice algo que resulta tan media verdad como la tesis del autor: «El mundo y la humanidad se encuentran en 'devenir': no se trata de restaurar un origen, sino de instaurar la libertad» (p. 12). ¿Hemos de suponer entonces que el pecado que malforma el mundo está dado en su misma imperfección original? Si es así, ciertamente sobra del todo, no ya la teoría de la redención satisfactoria, sobra la redención en cualesquiera de sus versiones. Sé bien que no es esto lo que dice el teólogo francés —al menos así lo supongo y deduzco de una lectura muy provechosa de su obra—, pero el lenguaje en el que se formulan las cosas puede inducir a una lectura semejante.

A. González Montes

J. Vives, SJ, «*Si oyérais su Voz...*». *Exploración cristiana del misterio de Dios*. «Presencia teológica», 48 (Santander: Sal Terrae, 1988) 366 pp.

El libro del P. Vives es un libro en el que éste, buen conocedor de la teología patristica y de la historia de la teología en general, además de filósofo, ofrece una síntesis conclusiva de su larga dedicación a la reflexión cristiana, ontoteológica aunque a veces el tenor del libro no lo parezca, como indicaré en algún caso.

Dividido en cinco capítulos, el cap. 1.º (pp. 13-35) es introductorio y ofrece la clave de lectura del trabajo porque da razón de su escritura: deseo de escribir largo tiempo esta obra y aplazamiento del proyecto, ofrecido ahora al público con el temor de que marque al lector negativamente. ¿Es así? De ningún modo. Vives ha conseguido conectar con el *pathos* religioso de quienes buscan una imagen de Dios liberadora, para mejor entregarse a su misterio. Sin embargo, dicho esto, no son los caps. 2.º y 3.º los mejores, ya que en la estructura de la obra parecen ser importantes. Se trata en ellos de sentar los fundamentos de teología bíblica y neotestamentaria que permitan al lector llegar hasta el Dios revelado en la historia de la antigua Alianza y en Jesucristo. Lo que en ambos caps. se dice es bastante reiterado en unas y otras síntesis, ofrecidas por libros del género. La síntesis cristológica, aunque muy al uso de una cierta cristología, que podemos llamar *jesulógica*, esto es, dependiente fundamentalmente de la moderna exégesis histórico-crítica del NT, está debidamente equilibrada por la comprensión dogmática de la fe en Jesús, que confiesa la Iglesia.

Es evidente que el libro tiene unos intereses pastorales que miran al logro de una imagen de Dios, manifestada en Jesucristo, que sirva a la emancipación histórico-social de los individuos y de las comunidades. Esto hace que el uso de la exégesis que alimenta la oferta pretendida por el autor se haga más a la luz de la crítica moderna a la religión que a la luz del dinamismo religioso de los textos sagrados. Con todo, si estos intereses son los causantes de que el libro reproduzca a veces algunos tópicos hermenéuticos hoy al uso de la Sagrada Escritura, no le restan análisis y profundidad teológicos. El cap. 4.º (pp. 187-295) es una muestra del extraordinario conocimiento que el autor tiene de la literatura cristiana, de la patristica —de la cual es acreditado conocedor— y de la historia de la teología medieval y moderna. Guiado por los buenos medievalistas de que echa mano, Vives que conoce las fuentes y los problemas de su hermenéuti-

ca desde los supuestos de la modernidad, le saca a todo ello un partido grande y muy útil para un correcto planteamiento de la cuestión de Dios hoy. Sobre todo, habida cuenta de la pugna entre racionalismo y fe (creencia) —a pesar de ciertas corrientes filosóficas— que se libra en la conciencia del hombre actual. Este parece, ciertamente, no confiarlo todo a la razón, pero dice hacerlo en nombre del que considera el único uso razonable posible de la razón misma (¿forma nueva de racionalismo!). Dios, en efecto, viene a concluir la exposición de Vives, teniendo muy en cuenta el pensamiento tomasiano, no es cautivo de la razón y ésta es imprescindible para llegar a tal conclusión (véase epígrafe 16: pp. 271-295). La exposición, por lo demás, se enriquece con la selección de textos, que permiten al lector entrar en la tradición teológica de forma directa, si éste no está suficientemente familiarizado con ella.

El cap. 5.º (pp. 259-356) es una recapitulación del pensamiento filosófico sobre Dios que ha dado paso a la modernidad y que ésta misma ha generado, con sus aciertos y aporías. El autor quiere hacerse eco de cuanto se ha aportado de válido, al mismo tiempo que pretende deshacer el malentendido de pensar a Dios sin el mundo: ambos han de ser pensados conjuntamente, pero para poder de esta forma comprender mejor que Dios es trascendente al mundo y que las proyecciones intramundanas sobre Dios están prisioneras del prejuicio de la razón. A modo de epílogo y conclusión, que un cap. 6.º, brevísimo (pp. 359-366), recoge el bíblico eslogan del título «Si oyeráis su voz...», para dejar colocado al lector ante la imagen que ha pretendido darle de Dios, superadora de toda crítica religiosa.

Algunos puntos, relativos sobre todo a los tres primeros capítulos, no dejan de suscitar interrogantes. Así, observo cierta disolución de la dimensión cognitiva de la revelación (cf. pp. 118 ss.) por lo que al desarrollo de la cristología se refiere; siendo así que en la parte sistemático-teológica se hace una exposición que la supone y desarrolla. ¿No se dejará el autor mediatizar contra sus propios presupuestos sistemáticos por una cierta cristología bíblica, por lo demás hermenéuticamente bien localizable? ¿Cuál es la razón que fundamenta tanta contraposición entre lo dialógico-personal y lo racional? El centro del NT sigue siendo para el autor descrito en dependencia de Harnack: paternidad de Dios y reino de la fraternidad universal predicado por Jesús (pp. 149 ss.). La historia de las religiones y la investigación cristológica permiten decir algo distinto. La cristología resulta así fundamentalmente un programa, todo lo excelso y benefactor para el género humano que se quiera. ¿No hay una excesiva dependencia de algunos supuestos teológicos protestantes de la actualidad? La crítica moltmanniana teológico-política a la teología natural (pp. 161 ss.) me parece excesiva y puede ser respondida en el mismo tono. De muy difícil aceptación es la apelación a W. Popkes (*Christus traditus*, 1967) sobre el aniquilamiento de la segunda persona de la Trinidad por la primera; a pesar del partido que se le puede sacar, ciertamente, a la teología del dolor de Dios de él y de Moltmann, como yo mismo lo he intentado modestamente (cf. 'Pasibilidad divina e historia trinitaria', *Est Trinit* 23 [1989] 191-248). La formulación de Popkes es anticristiana y rechazable sin paliativos (cf. 165-166 ss.). Algunas de estas observaciones encuentran en la exposición histórica de la teología sistemática un equilibrio notable. Sigue con gran interés la exposición histórica y esa forma de hacer sistema que es hacer del enjuiciamiento histórico el medio de ir construyendo la propia visión.

Me queda sólo recomendar la lectura de este libro. El lector no se verá defraudado; tampoco el conecedor de la temática teológica. Su lectura enriquece por su amplia erudición y por los planteamientos y soluciones de las cuestiones en juego.

A. González Montes

W. Kern-W. Kasper, *Ateísmo y ocultamiento de Dios*; W. Kern-Y. Congar, *Espíritu y Espíritu Santo*; R. Schulte, *Tiempo y eternidad*. «Fe cristiana y sociedad moderna» 22 (Madrid: Ed. SM, 1987) 217 pp.

No es posible comentar detenidamente cada uno de estos tres trabajos en colaboración. De ellos, los dos primeros están además distribuidos entre dos colaboradores. La introducción al vol. corre a cargo de J. Martín Velasco, que resume de forma bien objetiva el tema y el desarrollo de cada aportación. Destaco, sin embargo, lo siguiente.

— El primero de los trabajos es el de Kern y Kasper (pp. 11-67, incluida una amplia bibliografía de 6 pp.). La primera parte (14-40), que afronta la reflexión filosófica, lo hace en tres pasos: 1.º Kern comienza poniendo en relación la crítica bíblica sobre los orígenes de la creación y el desarrollo de las ciencias naturales, para decir con acierto que la «transmutación» de la fe en ateísmo doctrinario vulnera los mismos supuestos racionales que han alimentado la ciencia. De esta manera pide más razón para el racionalismo como sistema cerrado a la hora de plantear la cuestión de Dios. 2.º La expulsión de Dios por el «homo faber» no sólo arranca de la quiebra del mundo esencial de la cosmología medieval, y la comprensión del saber como hacer (Bacon y Vico); inspira el ateísmo humanista, para caer en el nihilismo con Nietzsche. 3.º Paso conocido como los anteriores, lo presenta y resume con objetividad: el lenguaje resulta insuficiente a causa del ocultamiento de Dios; algo que no han tenido suficientemente en cuenta las modernas corrientes filosóficas de cuño positivista y la crítica analítica del discurso sobre Dios.

Kasper (pp. 41-61), por su parte, empalma temáticamente con esta cuestión del ocultamiento divino, apelando a él como momento ineludible de todo planteamiento de la cuestión de Dios. Toda su aportación se puede resumir en estas dos referencias: 1.º La teología negativa, por lo demás, está operativamente presente en el pensamiento cristiano desde la Antigüedad cristiana hasta Tomás de Aquino. 2.º De la consideración histórico-teológica a la síntesis sistemática ofrecida como propuesta: Dios se oculta como momento interno a la revelación misma, sin quedar prisionero de ella. Para concluir con una reflexión orientadora sobre «Ateísmo y fe en Dios en el debate sobre el hombre».

— Del trabajo de Kern (pp. 72-87) sobre el «espíritu de los filósofos» (primera parte de la segunda contribución en colaboración con Congar) cabe decir que es una exploración histórica acorde con su título, con la particularidad que incluye en esta exploración la reflexión sobre el *logos* de la Antigüedad; para saltar sobre todo la historia de la filosofía hasta Hegel y la filosofía contemporánea (anglosajona) de la mente. No es fácil justificar por qué deja fuera tantas cosas. Claro que algunas de las calas que se hacen son opciones que no tienen otro fin que facilitar la síntesis propia ofrecida como propuesta, y esto siempre es «decisionista». Congar, por su parte, expone una historia de la teología del Espíritu Santo y un esbozo de carácter sistemático (pp. 88-126) que sigue, variantes de tematización más que de contenido, sus publicaciones sobre el tema, en especial su libro sobre el Espíritu Santo (París Ed. du Cerf 1980; ed. española en Herder: Barcelona 1983). Cierran esta colaboración compartida cinco páginas de bibliografía.

— Finalmente, el más amplio trabajo de Schulte afronta la cuestión de la realidad y la relación entre tiempo y eternidad (pp. 134-207, incluidas 3 pp. de bibliografía). El trabajo está estructurado a tenor de estos puntos que lo articulan: 1.º la experiencia del tiempo. 2.º El «panorama histórico»: filosofía, teología

bíblica y elaboraciones filosóficas de la tradición cristiana (Padres y en esp. san Agustín; Edad Media y en esp. santo Tomás; Edad Moderna y en esp. Hegel y Nietzsche; y el tránsito de Kierkegaard a Heidegger). 3.º) Tiempo y eternidad en el horizonte cristiano de la existencia como elaboración sistemática.

Como todos los volúmenes de esta biblioteca, éste va seguido de un *índice analítico* que facilita su utilización (pp. 209-215).

A. González Montes

Bruno Forte, *La teología como compañía, memoria y profecía* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1990) 222 pp.

Qué sentido tiene hacer teología hoy; cómo se ha hecho teología; cómo hacer teología. Responder a estas tres preguntas es el objetivo que el teólogo italiano Bruno Forte se ha fijado con el presente libro. Cada una de ellas ocupa otras tantas partes del mismo y se reflejan en su título.

En la primera parte («Compañía»), y tras la cuestión del sentido de la teología hoy, se recogen los tres retos (el contexto, lo humano, el Dios vivo) a los que ha de hacer frente el actual quehacer teológico, y se arriesga una definición de la propia teología, «movimiento desde la experiencia a la palabra... y desde la palabra a la experiencia», que tiene lugar en el seno de «la compañía de la fe», esto es, de la comunidad creyente, y que se hace presente como *servicio* a creyentes e increyentes, con vistas al esclarecimiento de lo humano.

La segunda parte («Memoria») pasa revista a los diversos modelos teológicos habidos a lo largo de la historia del cristianismo, desde la «teología fontal» del Nuevo Testamento hasta la «teología histórica» de las edades moderna y contemporánea.

La tercera y última parte («Profecía»), respuesta a la pregunta de cómo hacer teología hoy, parte de la ineludible historicidad de la reflexión teológica, para examinar a renglón seguido su sujeto, su objeto y su finalidad, así como el papel de las tres virtudes teologales («docta caritas, docta fides, docta spes») en la articulación de su discurso. La obra se cierra con un bello capítulo («Epiclesis y doxología») sobre «la existencia teológica», cuya verdad se encuentra en la intersección de dos movimientos: el descendente de la epiclesis y el ascendente de la doxología. La unidad viva de ambos es lo que autentifica el oficio teológico y sintetiza sus diversos momentos.

Como es sabido, los teólogos, junto con los filósofos, sienten una incoercible propensión a interrogarse sobre la naturaleza, objeto y método de su disciplina: qué sea la teología y cómo deba profesarse es, pues, desde siempre, un asunto teológico. El presente libro lo aborda con la claridad y buena información de que suele hacer gala su autor, junto con su demostrada aptitud para encontrar la formulación feliz y la expresión justa. Me han parecido especialmente logrados los capítulos 8 (con ponderadas reflexiones sobre las tentaciones del teólogo y acerca de la relación magisterio-teología) y 12 (que muestra cómo la teología nace de la oración, vive de la oración, conduce a la oración, lo que significa que el teólogo necesita «orar» y «ser santo»). En otros momentos el libro adolece de un cierto eclecticismo, tal vez porque, tratando de abarcar mucho, no siempre se atina en el blanco de lo esencial; véanse por ejemplo el capítulo 2 (sobre «el reto de lo humano») y las páginas introductorias de la tercera parte («La teología como historia»).

En todo caso, el saldo global me parece netamente positivo. La apuesta por una teología abierta, crítica, comprometida sinceramente con «la atención a lo

humano» (p. 69), y a la vez profesada desde la fe vivida y la actitud orante, es especialmente oportuna y sugestiva, y el autor ha sabido desarrollarla con lucidez y convicción.

Juan Luis Ruiz de la Peña

Carlos Díaz, *Yo quiero* (Salamanca: Editorial San Esteban, 1991) 152 pp.

El autor relaciona el presente libro con su anterior *Contra Prometeo*. Hay, en efecto, entre ambos una dialéctica que se subraya en el prólogo: «si el primero rechazaba la soberbia del Prometeo que todo lo confiaba a su voluntad..., este segundo libro... valora positivamente el 'yo quiero' del querer humano y lo orienta en perspectiva personalista y comunitaria».

De las tres partes en que se articula la obra, la primera, muy breve («Mundo personal, mundo científico»), tiene un carácter claramente introductorio. Se pone en ella de relieve que, tras el ocaso del cientifismo y el positivismo impersonal, las ciencias de la naturaleza han recuperado el comedimiento y reconocen la validez del sujeto personal. Por lo demás —advierte el autor—, la clásica distinción entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu» es incorrecta: «del espíritu hay conciencia, pero no *ciencia*». Los saberes acerca de la dimensión espiritual del hombre se deshumanizan cuando se someten a una epistemología de corte científico. Hay que ir, pues, a «una filosofía a la medida del hombre», que ni sea ni quiera ser ciencia (p. 23).

La segunda parte es un interludio sobre el caos («Frente al caos de sentido, sentido del caos»). ¿Prevalecerá el Caos sobre el Orden, el sinsentido sobre el sentido? Así parece estimarlo la postmodernidad. Pero, a juicio del autor, es inaceptable que el único orden posible sea el Orden inhabitado por el Caos. El hombre es «voluntad de sentido», «animal simbólico» productor de iconos, esto es, de símbolos representativos (y generadores) de orden. El hombre sería, pues, victoria sobre el caos. Eso sí, victoria resucitada, pasada por (y vencedora de) la muerte. Lo que entraña la apelación a un factor trascendente: «o Dios vive, y nosotros con El, o el caos vive mientras todo muere» (p. 40). Se enuncia aquí un postulado (la realidad de Dios) sobre el que se volverá más adelante.

En la parte tercera («Por una filosofía del sujeto»), la más extensa de la obra, nos presenta Carlos Díaz su propuesta. La tarea actual de la filosofía estriba en osar introducirse en la existencia humana para rescatar su valor, reivindicando lo que Descartes llamaba (a la vez que lo desdeñaba) «cualidades secundarias» (el amor, la ilusión, la pasión, la creatividad...) y rehabilitando la intencionalidad, o lo que es lo mismo, la voluntad. Frente a un materialismo de la sustancia que, lejos de ser auténtica filosofía es mero inventario de la facticidad («hay lo que hay»; «las cosas son como son»), ha de alzarse un personalismo del sujeto volente, «ser de lo posible para lo posible y en lo posible» (p. 59), capaz de acción sobre la realidad porque ve lo real «en perspectiva icónica».

Un tal sujeto es «racionalidad volente»; razón y voluntad son simultáneamente, en «reciprocidad constitutiva» o «causalidad circular». El sujeto volente, además, asume la responsabilidad de su querer, que es a la par *fórmula de presentación* («aquí estoy yo»), *fórmula de cualificación* («aquí estoy como tal yo»), *fórmula de identificación* («y me váis a conocer por mis obras») y *fórmula de reconocimiento* («...y os quedo agradecido») (p. 68).

Dicho lo cual, nuestro autor tiene buen cuidado en desmarcarse de una flección cartesiano-solipsista (*volo, ergo sum*) de su teoría del sujeto volente. El yo

del «yo quiero» ha de abrirse al *nosotros* del querer comunitario. Ese *nosotros* comunal debería generar un «socialismo místico» animado por una voluntad política y dinamizado por una «mística activa», cuyos antecedentes inmediatos son la libertad-igualdad-fraternidad de 1789 y cuyo referente último se localizaría en las comunidades de la Iglesia naciente. Su emplazamiento sociopolítico no puede ser otro que la metaizquierda utópica, siempre opuesta al desorden establecido y permanentemente hostigada por los bienpensantes factores del *status quo*.

El paso del yo al *nosotros*, continúa el autor, demanda diálogo; el personalismo aquí patrocinado es una filosofía de la voluntad dialógica. Es el diálogo genuino lo que hace del querer una voluntad integradora que sabe aunar poder y conciencia, y que se propone «tratar a los hombres como se trata a los reyes, y tratar a los reyes como se trata a los hombres» (p. 125).

Por último: el querer más acrisolado no se da sin un querer el fin último sin un tender a la trascendencia. Ha de existir, pues, un bien que sea supremamente querido, sin el que no habría fuerza propulsora y estaríamos ante el absurdo de «una aspiración sin objeto» (p. 132). Así pues, sólo el personalismo trascendente, más aún, teísta, hace justicia al hombre como sujeto volente. En el horizonte de esa trascendencia teísta, la voluntad que quiere se sabe voluntad querida, agradecida de balde, a partir de lo cual ella misma quiere agradecidamente.

Carlos Díaz prosigue con esta nueva entrega el empeño al que se lleva aplicando desde hace años con una tenacidad, coherencia y lucidez admirables: reimplantar en el ámbito filosófico español el pensamiento personalista. Encajando con deportividad la calculada indiferencia de unos y la declarada hostilidad de otros, he aquí a un pensador que reflexiona con convicción y con capacidad propositiva y dialogante. Casos como el suyo son, por desgracia, hartos raros en nuestro panorama cultural, donde campan a sus anchas los filósofos del género chico y los escoliastas de la última moda transmontana.

Sin embargo, como el personal no es tonto, me figuro que, no tardando mucho, comenzará a hacer justicia, repartiendo a diestra y a siniestra la memorable sentencia de la fábula: «tu cabeza es hermosa, pero sin seso». Será ésa la hora de los que, como Carlos Díaz, ejercen en España el oficio de pensar con voluntad de verdad. Entretanto, la lectura de libros como el aquí presentado nos reconcilia con el quehacer filosófico.

Juan Luis Ruiz de la Peña

Ciro García, *Juan de la Cruz y el misterio del hombre* (Burgos: Editorial Monte Carmelo, 1990) 238 pp.

El libro se propone abordar los escritos sanjuanistas «desde una perspectiva antropológica», para ver cómo responden a la pregunta que el hombre es para sí mismo, cotejando a la vez la antropología del santo con «la problemática de las nuevas antropologías». A juicio del autor, el paralelismo entre la una y las otras es «sorprendente». El estudio comprende dos partes; la primera se ocupa de las estructuras fundamentales de la existencia humana, según Juan de la Cruz; la segunda trata del desarrollo de esas estructuras, esto es, del dinamismo antropológico y su concreta plasmación a lo largo de la existencia.

Por lo que toca a las estructuras fundamentales, se estudian las categorías «imagen de Dios» y «alma» o «espíritu»; ésta última es clave en los escritos del santo, y denota «el centro del hombre, el fondo de su ser, su íntima sustancia». Se trata además de una categoría relacional; co ella se expresa la apertura consti-

tativa del hombre a Dios y su capacidad para entrar en diálogo con El. El autor sostiene que, contra lo que pudiera parecer, la visión sanjuanista del hombre no es espiritualista o dualista; entronca directamente con la concepción aristotélico-tomista, aunque a veces resuenen en ella «ecos neoplatónicos o agustinianos». Juan de la Cruz ve en el ser humano una unidad pluridimensional de sentido y razón, conocimiento y amor. Creado por el Padre y predestinado en el Hijo a un fin consistente en la «igualdad en el amor», tal predestinación requiere en el hombre una aptitud previa, que no es otra que la de su condición creatural de imagen de Dios, y una habilitación, radicada en su ser espiritual.

La estipulación del fin del hombre plantea la cuestión del sobrenatural (o de la relación naturaleza-gracia). Nuestro místico toma de la escolástica la terminología técnica, pero imprimiendo en ella un sesgo peculiar, más cercano a la tradición griega que a la teología de escuela. Y así, «sobrenatural» para él no es sin más lo que excede a la naturaleza, sino la misma comunicación divina; de otra parte, «naturaleza» no es la esencia abstracta de lo humano, sino la situación concreta del hombre en el actual —y único— orden histórico. En suma, y a juicio del autor, la posición sanjuanista se aproximaría sensiblemente a la tesis rahneriana del «existencial sobrenatural».

El aspecto más problemático de la antropología sanjuanista es el referido a las dimensiones de la socialidad, temporalidad y mundanidad del hombre. La experiencia mística tiende de suyo a dejar en un segundo plano las mediaciones histórico-sociales. Pese a ello, el autor se esfuerza por hacer comprensible el peculiar modo como tales dimensiones están presentes en Juan de la Cruz, advirtiendo con todo que sería anacrónico proyectar sobre él la sensibilidad actual.

En la segunda parte de la obra se examina el proceso de maduración por el que el hombre se encamina hacia la unión con Dios. La clave de tal proceso estriba en un dinamismo de espiritualización progresiva, que va disponiendo la totalidad de la persona a su comunión amorosa con el Creador. En el curso de ese itinerario tiene lugar la experiencia de la noche oscura, «áspera y dura purgación del espíritu», hasta la vivencia liberadora de la unión con Dios, meta última del entero proceso, descrita por Juan de la Cruz con el simbolismo nupcial, que evoca eficazmente la entrega mutua, total y exclusiva de los esposos. El amor recíproco comporta, no sólo un «sentimiento», sino una «instalación» (J. Marías) del amante en el amado. Instalación, en este caso, transformante (divinizante), tanto en el plano ontológico como en el psicológico, con la consiguiente «conformidad más voluntades». El proceso, en fin, está animado por una vocación escatológica, que trueca la muerte biográfica o biológica en «muerte de amor».

Ciro García nos ha ofrecido con esta obra una síntesis clara y precisa de la antropología sanjuanista, con el atractivo añadido de su confrontación con los actuales puntos de vista sobre el hombre, no sólo los estrictamente teológicos, sino también los de carácter más filosófico. Como el propio autor advierte, el método elegido ha sido más hermenéutico que expositivo, opción a todas luces legítima, pero que deja a veces en el lector la impresión de que sería preciso dejar hablar más extensamente a los textos sanjuanistas, sobre todo en los asuntos más vidriosos (concepción unitaria o dual del hombre, planteamiento del sobrenatural, encarnación en la historia de la experiencia mística, etc.). En algún momento he echado en falta las preceptivas comillas (con la correspondiente nota infrapaginal) ante párrafos tomados literalmente de una reciente antropología teológica (vid. pp. 31, 54, 111, 204 s.).

El autor lamenta (p. 76, nota 1) que los teólogos sistemáticos no atiendan suficientemente a la doctrina de los místicos: «es una prueba más del divorcio entre mística y teología». La obra aquí presentada es buena muestra de los excelentes frutos a que daría lugar la superación de tal divorcio.

Juan Luis Ruiz de la Peña

S. Felici (ed.), *La Mariología nella catechesi dei Padri (Età prenicena)* Biblioteca di Scienze Religiose, 88 (Roma: LAS, 1989) 260 pp.

En esta obra se recogen las ponencias presentadas en la reunión de estudios y actualización = «aggiornamento», organizada por el Pont. Instituto de alta latinidad de la Fac. de Letras clásicas y cristianas del Pont. Ateneo Salesiano, en los días 18 y 19 de marzo de 1988. La invitación hecha por el Papa Juan Pablo II al convocar el año mariano (1987-1988): estudiar en profundidad los temas relativos a la Virgen María y al culto mariano a la luz de una relectura del texto del Vaticano II, determinó la temática de esas jornadas de estudio.

Participan en este volumen diez y siete colaboradores. Sus colaboraciones tienen cierta unidad temática, dentro de unos límites cronológicos: la época prenicena. Dentro de ellos se estudian temas mariológicos, desde la revelación bíblica hasta la celebración del concilio de Nicea (a. 325). Es una época de máxima importancia, y decisiva para la formación, explicitación y consolidación del legado doctrinal transmitido a la Iglesia por la Palabra de Dios; época que enlaza con la tradición apostólica y sus inmediatos sucesores, cuyo estudio no está cerrado aún ni mucho menos en torno a los temas mariológicos.

Por lo mismo, recibimos con agrado estos trabajos, que adelantan nuestros conocimientos de la mariología de la época patrística más primitiva. Algunos estudios no representan una novedad en el terreno mariológico: estudio del cap. primero del evangelio de Lucas, de los testimonios y documentos marianos de I. de Antioquía, Tertuliano, Orígenes, Ireneo, san Justino; el análisis de la antifona «*Sub tuum praesidium*»... No obstante ofrecen un interés especial, porque esos temas están considerados bajo la óptica de su dimensión pastoral y la práctica de la primitiva catequesis, en la que la Virgen María tuvo un lugar destacado, en la presentación del misterio de Cristo.

La lectura de estos trabajos nos descubre la coherencia de la enseñanza de la revelación, traducida en praxis litúrgica y extralitúrgica, y manifiesta cómo la profesión de fe en el contenido de esa revelación y la reflexión sobre ella y su defensa... fueron a la vez una vivencia y una experiencia espiritual, nacida del corazón en forma de súplica y plegaria esperanzada. La oración del *Sub tuum praesidium* es un ejemplo y un exponente de máxima importancia bajo este aspecto.

S. Felici cuidó la preparación de estos trabajos para su publicación, e hizo la presentación de las jornadas de estudio, ofreciendo una visión panorámica del desarrollo de la doctrina mariana de la época antenicena. I. de la Potterie y M. Simonetti analizan la presencia de Lucas 1, 28-35 en la catequesis primitiva y en las primeras controversias cristológicas. B. Amata se ocupa de un tema poco estudiado: al anti-marianismo del evangelio de Tomás (apócrifo). Los documentos marianos de los cinco escritores eclesiásticos más representativos de este tiempo: san Ignacio de Antioquía, el mártir san Justino, san Ireneo, Tertuliano y Orígenes, bien conocidos en los ambientes mariológicos, fueron estudiados por otros tantos ponentes, bajo un punto de vista histórico-crítico y doctrinal (F. Bergamelli, M. Maritano, A. Orbe, E. dal Covolo, F. Cocchini).

V. Grossi estudió la presencia de María en las fuentes que tratan de herejías latinas prenicenas. E. Peretto se coupó de un tema muy particular: el nombre y la función de María en los códices de la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi; conjunto de textos literarios del cristianismo primitivo, a veces en sintonía y a veces en oposición a la enseñanza de la Iglesia oficial (evangelios coptos de Tomás y de Felipe, y otros documentos). C. Rígi hace un estudio parecido en torno a la virginidad de María y a la castidad virginal, en una dimensión más

amplia: en la literatura apócrifa y en documentos de la literatura pagana, que pudieron influir en el cristianismo primitivo. Dos autores se ocupan de la antifona *Sub tuum praesidium*, considerada como documento teológico-espiritual, y como documento histórico-filológico (A. M. Triacca, R. Iacoangeli). Finalmente, A. Quacquarelli y F. Biscote presentan conjuntamente un bello estudio (con ilustraciones) sobre la iconografía mariana, fijando los presupuestos para su estudio, y analizando en particular los frescos de las catacumbas de Priscila.

Las páginas de este libro contienen muchos datos, noticias y elementos de primera mano y de notable importancia, que dan a conocer la presencia de María en esa época remota de nuestra historia, la conciencia que tuvo la Iglesia y tuvieron los escritores cristianos de su misterio: conciencia teológica y devocional al mismo tiempo; fe, culto y devoción. Todo esto nos ayuda también a conocer la relación entre el cristianismo primitivo y el paganismo, en una materia que tiene reminiscencias religiosas y antropológicas de ritos y celebraciones paganas. Pero, la figura de María presenta una novedad, que no puede ser ignorada, como Madre de Dios y colaboradora a la salvación, en esa época primitiva de la vida de la Iglesia.

E. Llamas

D. Valentini (ed.), *La teologia. Aspetti innovatori e loro incidenza nella ecclesiologia e nella mariologia*. Biblioteca di Scienze Religiose, 85 (Roma: LAS, 1989) 374 pp.

La obra que presentamos recoge las diez y seis ponencias, presentadas en la Semana Internacional de estudios de teólogos dogmáticos de la Congregación Salesiana. Organizó esa semana el Instituto de Teología Dogmática de la Fac. de Teología de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, en los días 3-7 de enero de 1988. La Semana no estuvo ajena a connotaciones particulares, relativas a la Congregación de Don Bosco, ni a otras de carácter eclesial, como la celebración del año mariano, proclamado por el Papa Juan Pablo II. Dentro de aquel ambiente tuvo especial interés reflexionar sobre temas de teología-ecclesiología-Mariología, materias relevantes en la enseñanza conciliar y en el magisterio del Papa.

La preparación de esta obra corrió a cargo de D. Valentini, que fue el organizador de la Semana de Estudio. Nos introduce en su lectura el Cardenal J. María Javierre, SDB, que destaca en una *prefazione* —que no quiere ser introducción— la mutua relación entre las dos partes de la obra: la ecclesiología y la mariología, mirando al Vaticano II, que propone el misterio de María como clave para entender el misterio de Cristo y de la Iglesia, idea que reafirmó el Papa Pablo VI.

La obra se articula en tres secciones: teológica, ecclesiológica, mariológica. La sección primera comprende seis estudios; la segunda cinco y la tercera cinco también. Los estudios son de carácter más histórico y pastoral, que sistemático. Acompaña a cada uno una serie de *conclusiones* y una nota bibliográfica.

En la sección teológica quiero resaltar el estudio de G. Colombo, Presidente de la Fac. de Teología de Italia Septentrional-Sede Milán, sobre la teología del siglo XX. Es un fino análisis de la situación teológica ante-Vaticano II, de la «teología nueva», de la postura de K. Rahner, tan influyente, y de las orientaciones postconciliares. P. Sequeri describe los temas mayores de la teología del novecientos, centrados en la afirmación sobre las pruebas de la existencia de Dios y el problema de la historia de Jesús y la *historia de las formas*, que se proyectan

hasta nuestro siglo. G. Groppo describe los conflictos y las dificultades del diálogo entre la teología y las ciencias humanas, en particular la sociología. D. Valentini, por su parte, analiza una vez más la dimensión ecuménica de la teología dogmática. Dos ponencias, de tema más restringido, cierran esta parte: la de J. Jaswant Raj, que expone la teología en un contexto asiático: retos, conflictos, implicaciones..., y la de L. Odorico, sobre la situación de la teología en África, ante la situación socio-cultural y las exigencias pastorales.

Los estudios de la sección eclesiológica ponen de relieve la importancia de esta disciplina después del Vaticano II de manera particular. Angel Antón, profesor de la Gregoriana, uno de los más destacados maestros en esta materia, hace un balance de la situación de la eclesiológica después del Vaticano II: conquistas y problemática. Afronta temas tan importantes como el de la unidad y la multiplicidad, la colegialidad de los Obispos frente al primado del Papa; función, misión, valor y significado del laicado —mayoritario y universal— frente a jerarquía; análisis del modelo de Iglesia, misterio de comunión...

Las Iglesias jóvenes han experimentado el impacto de la enseñanza eclesiológica del Vaticano II, que ha contribuido a renovar su vida y a crear y sugerir nuevas formas de ser y de actuar. Es un despertar a nuevas posibilidades. En este contexto aparecen estudiadas las iglesias de Asia (S. Karotempral), de África negra (J.-L. Vande Kerkove), de Occidente (T. Citrini) y de Latinoamérica (G. Lopes).

Con una óptica más restringida tres ponentes estudiaron la situación de la mariología en ambientes y ante las exigencias socio-culturales y pastorales de la Iglesia latinoamericana, de la India y de Occidente (F. Serrano, D. Veliath, A. Sanz).

E. Viganó, Rector de la Pont. Universidad Salesiana, hace un balance final y formula dos series de conclusiones. Unas relativas a la familia salesiana; otras de carácter general. Entre estas quiero destacar, el énfasis y el realismo con que acentúa el impacto causado por el acontecimiento del Vaticano II, que ha despertado la preocupación por el misterio de la historia y la sacramentalidad de la Iglesia, por su proyección pastoral en cumplimiento de su misión, por la sensibilidad de la fe ante la cultura, la fe como comunión, y la situación de la Iglesia en camino, alimentada de esperanza y optimismo, fundada en la Palabra de Dios y en la Virgen María, Madre, Auxilio y signo de esperanza.

E. Llamas

J. Salgado, *La Maternité spirituelle de la Très Sainte Vierge Marie*. Studi Tomistici, 36 (Roma: Pontificia Accademia de S. Tommaso e di Religione Cattolica, Libreria Editrice Vaticana, 1990) 234 pp.

Como lo indica el subtítulo de esta obra, el autor ofrece en sus páginas unas reflexiones, o consideraciones teológicas sobre la maternidad espiritual de María en el contexto bíblico, patrístico y magisterial, a la luz de algunos principios de la teología de Santo Tomás de Aquino. Su objetivo es analizar y dar a conocer los fundamentos de esta verdad mariológica. Para ello, recoge y comenta los datos y testimonios más importantes de la revelación, de la tradición patriística y de los autores medievales (hasta san Anselmo de Cantorbery, † 1109), y hace una interpretación teológica de la maternidad espiritual, fundado en los principios de santo Tomás.

La obra está dividida en tres partes. La primera que comprende dos capítulos, estudia los documentos de la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo (cap. 1), como del Nuevo Testamento (cap. 2). La parte segunda recoge los testimonios de la tradición viva de la Iglesia, Padres-autores eclesiásticos-Magisterio de la Iglesia, que expone en dos secciones (la primera con tres capítulos, la segunda con dos). La importancia de esta segunda parte es grande, ya que la tradición viva interpreta, aclara y prolonga la enseñanza de la revelación bíblica de manera auténtica, guiada por el Espíritu Santo. Finalmente, la parte tercera contiene la reflexión teológica, a partir de los principios de santo Tomás, en siete capítulos. La obra se cierra con una nota bibliográfica. No es completa —es amplísima la bibliografía en estos últimos años—, pero sí ofrece los títulos selectos y suficientes para obtener un conocimiento adecuado de este problema, para darnos cuenta de su desarrollo histórico, y para realizar un estudio bastante completo sobre el mismo.

Precede al cuerpo de la obra una larga *introducción* histórica, en la que el autor describe a grandes rasgos las diferentes posiciones de los teólogos y exégetas del siglo xx sobre la maternidad espiritual de María. No es una exposición doctrinal. Se trata más bien de una recogida de datos, de nombres de teólogos y de títulos de obras y estudios, como documentos testimoniales.

El autor, que se ha ocupado más de una vez de este tema, conoce mucho más sobre el mismo que lo que nos ofrece en la síntesis de estas páginas, demasiado apretada. Por eso, me parece que hubiera sido oportuno comentar con mayor amplitud el movimiento creado por el Cardenal Mercier favorable a este privilegio (citado de pasada en la pág. 14), que dio lugar a escritos importantes, como la obra de J. Bitremieux, y que en España tuvo una repercusión decisiva para el desarrollo de la mariología en el primer tercio de este siglo, como se aprecia en la celebración de algunos congresos marianos y en las publicaciones de algunos mariólogos eminentes, que participaron en ese movimiento, como el Cardenal Gomá y Tomás, J. Amor Ruibal y el P. José M.^a Bover, principalmente.

En esta misma línea, me parece que no aparece suficientemente resaltado, a propósito del relato de la Anunciación (pp. 23-26), el concepto de la maternidad divina-soteriológica (maternidad divina-espiritual). Muchos teólogos interpretan en ese sentido y bajo ese concepto las palabras de aceptación de la Virgen María: *Hágase en mí según tu palabra*; interpretación que aparece reforzada por el Conc. Vaticano II (LG, 56), que incluye la maternidad espiritual al interpretar ese pasaje bíblico, como un desdoblamiento de la maternidad divina, afirmando que María *servió* en ese momento con su Hijo y bajo El al misterio de nuestra salvación. El P. José Antonio de Aldama, por citar un ejemplo, en su manual de Mariología (que el autor cita en la pág. 12) y en otros estudios ha expuesto con profundidad ese concepto de maternidad soteriológica, analizando el momento de la Anunciación.

Todo no obstante, esta monografía puede ser considerada como una de las obras más actualizadas sobre la maternidad espiritual de María. La parte más original es la tercera, la explicación teológica de esta verdad a partir de los principios de santo Tomás. Juzgo de especial interés sus capítulos, en particular a partir del tercero. Opino, como lo hace el autor, que la *analogía*, —una de las claves de la teología tomista— es el camino adecuado para acercarnos a ese misterio y lograr una clarificación de la función maternal de María (pp. 189-191). No todos han seguido esa vía, como recordé en un estudio publicado hace cuarenta años, que cita el autor en la pág. 221; por lo cual, han desvirtuado y casi vaciado el contenido de la maternidad espiritual, rebajada a un valor metafórico. Pero, la mayor parte de los mariólogos son defensores de un sentido de maternidad

propia, apoyados en la enseñanza del Magisterio, de suerte que hoy puede considerarse esa explicación como un dato teológico.

E. Llamas

E. Peretto (Ed.), *Maria nella Chiesa in cammino verso il duemila* (Roma-Bologna: Marianum Dehoniane, 1989) 427 pp.

Esta obra recoge seis relaciones, o ponencias leídas en el «VII simposio Internacional Mariológico», organizado por la Pontificia Facultad «Marianum» de Roma, en los días 21-23 de junio de 1988, con motivo del Año Mariano convocado por el Papa Juan Pablo II. El título transcrito es el que figura en la cubierta. En el interior del vol. (p. 3) aparece este otro, más concreto: *Aspetti della presenza di Maria nella Chiesa in cammino verso il duemila*. La publicación de estos trabajos ha sido cuidada por E. Peretto. Hace la presentación de los mismos S. Meo, presidente de la Fac. «Marianum».

Entre la amplia problemática mariológica actual, el Simposio centró su reflexión en dos temas de grande interés desde hace unos lustros, que apuntan a las orientaciones renovadoras de la mariología: los aspectos antropológico y litúrgico: *María y lo femenino* (María y la mujer), y *María y el culto*. Cada uno de estos aspectos aparece estudiado en una triple cadencia. La femineidad en la biblia, a partir de la relación hombre-mujer, tal como se deduce de una relectura con óptica bíblico-judaica de Gen 2-3 (A. Serra); ¿ejemplaridad de María para la mujer de hoy?, aportación de la ensayista y redactora de *Testimonianza* Wilma Gozzini; María y la diaconía de la mujer en la Iglesia, de la profesora Cettina Militello, de la Fac. Teológica de Sicilia, que hace un análisis clarificador sobre la función que desarrolla la Virgen María en el corazón del misterio de la Iglesia y su servicio a la historia de la salvación. La autora plantea aquí el problema actualísimo de la *diaconía ministerial* de la mujer, aún no resuelto, y de su posible sacerdocio.

Los trabajos sobre *María y el culto* intentan por una parte profundizar en la naturaleza y en los fundamentos teológicos de ese culto, y por otra ofrecer sugerencias para algunas cuestiones prácticas, orientadas a renovar y vitalizar ese culto, sin caer en extremismos ni desorientaciones. I. M.^a Calabuig, profesor de liturgia en el «Marianum», analiza el culto tributado a la V. María, sus fundamentos teológicos y su lugar en el marco del culto cristiano. Se trata de un culto, al que el Papa Pablo VI dio expresa e intencionadamente el calificativo de *mariano*. Creo que es un acierto hacer una referencia en este punto a la *Anamnesis*, a la contemplación espiritual y a la experiencia religiosa, como elementos que han contribuido a un desarrollo homogéneo del culto mariano y a dar estabilidad a sus formas, liberándolo de especulaciones gnósticas y neo-racionalistas, y corrigiendo las desviaciones del paganismo.

El estudio de C. Valenziano sobre el culto popular tributado a la V. María, en forma litúrgica y con prácticas espontáneas, es un profundo análisis de la religiosidad popular, bajo su aspecto mariano, tomando como base las enseñanzas y orientaciones de Pablo VI y del IV y V Sínodo de los Obispos. El autor centra su atención en el aspecto antropológico del culto y de la religiosidad, como expresiones culturales, y en la vertiente fenomenológica, ofreciendo una ponderada valoración de esas formas de expresión en el terreno religioso.

El último trabajo, es obra de G. Ambrosio, profesor de la Fac. Teológica de Italia Septentrional. Trata del fenómeno de las apariciones marianas, en el contexto actual socio-religioso de la Iglesia. En 1947 la Sociedad Mariológica Española publicó un vol. de 400 páginas, sobre ese mismo tema, como expresión de la

vida de la Iglesia, analizando el significado y el papel que han representado en la pomoción y difusión de la piedad mariana. Ambrosio se sitúa en otro plano, menos estudiado, en el socio-religioso, prescindiendo del aspecto teológico-dogmático, siguiendo los métodos de interpretación de las ciencias y disciplinas histórico-sociales.

La obra se cierra con el texto de tres breves comunicaciones: *María y la feminidad. una perspectiva eclesiológica* (G. Baril); *El misterio de María* (J. Stern), que hace la presentación de la obra de M. Thérèse Huguet: *Miryam et Israel. Le mystère de l'épouse; El culto a la Virgen* en la archidiócesis de Crotona-S. Severina, Calabria (Mons. A. Terminelli).

La lectura de estos trabajos suscita otros muchos temas, algunos de los cuales quedan apuntados por los autores. Hubiera agradecido que C. Militello hubiera ampliado su reflexión sobre *María y el sacerdocio*, y su derivado: *el sacerdocio de la mujer* (pp. 141-162), que formula en interrogante, dada su actualidad. Las páginas de esta obra invitan a los mariólogos y a los estudiosos a profundizar en muchos de los temas aquí planteados, bajo aspectos teológico, litúrgico, antropológico y fenomenológico, que no han alcanzado aún pleno esclarecimiento.

E. Llamas

J. Esquerda Bifet, *Mariologia, per una Chiesa Missionaria* (Roma: Urbaniana University Press, 1988) 221 pp.

Esquerda Bifet es un experto en misionología, en espiritualidad sacerdotal —que es decir eclesial— y en mariología. Sus publicaciones le acreditan como maestro indiscutible. Sus conocimientos provienen no sólo de la reflexión especulativa, sino también del contacto con la realidad del mundo eclesial de hoy. Su preocupación, por lo mismo, se sitúa entre la especulación y la praxis, y su intento es hacer una teología y una mariología que informen la vida de los cristianos y se traduzcan en una fuerza de renovación, que dinamice la acción evangelizadora o misional de la Iglesia. En este contexto se sitúa esta obra que presentamos.

Desde este punto de vista, Esquerda recuerda que la imagen de María, la Madre virginal del Hijo de Dios, es un modelo inspirador de primer orden y singularísimo, y un camino luminoso que la Iglesia puede recorrer con seguridad, para alcanzar la meta de su misión: ser sacramento universal de salvación. Es el modelo que manifiesta a la Iglesia el modo de llevar a cabo con eficacia su propia misión.

A esta idea responde este ensayo. Publicado en 1988 quiere ser un documento y una aportación a las intenciones del Papa Juan Pablo II en el año mariano; que ayude a los lectores a ponerlas por obra: preparación espiritual de la Iglesia en camino hacia el año 2000, que debe cumplir su función prioritaria: hacer llegar la salvación de Dios a todas las gentes.

La idea fundamental que el autor desarrolla en las páginas de esta obra es esta: La Iglesia, realidad y signo, portadora de Cristo y misterio de comunión fraterna, se acerca al hombre concreto de toda raza, cultura y religión, para hacerle participante del bien de la salvación. A la luz de María toma conciencia de su propia naturaleza, como misterio; de su función y de su misión para llevar a Cristo a todas las gentes, y comunicar su gracia y su vida a todos los necesitados de su salvación.

En torno a esta idea se articulan los siete apartados, en los que el autor reflexiona sobre todos estos temas: María en el camino de la Iglesia (pp. 21-33); María en el primer anuncio del Evangelio (pp. 34-51); los primeros testimonios sobre Jesús (pp. 53-74); María en la misión de la Iglesia (pp. 75-96); el signo grandioso: significado salvífico de los títulos [advocaciones] marianos (pp. 97-128); la Virgen de nuestro «Amén» (pp. 129-150); espiritualidad mariana del apóstol (pp. 152-170).

Sigue al cuerpo de la obra un breve *riepilogo*, que sintetiza las ideas maestras y los temas claves que el autor ha expuesto. La mariología, campo peculiar para descubrir la naturaleza de la Iglesia; las advocaciones marianas, como aspectos de la misión universal de la Iglesia; la misión de la Iglesia, que encuentra su propia perspectiva en la misión que cumplió y cumple la V. María: su maternidad universal. María, personificación de la Iglesia como sacramento universal de salvación, que desvela su misterio como Virgen y Madre. La presencia viva de María en la Iglesia manifiesta la acción de una maternidad espiritual continuada, que es al mismo tiempo mariana, eclesial y apostólica. El camino de fe y la misión de la Iglesia encuentra en María el «signo grandioso», que la ha precedido, como guía y orientación, etc.

Concluye la obra con una selecta bibliografía sistematizada, agrupada en setenta títulos-temas, dispuestos por orden alfabético, que reúnen más de seiscientas referencias.

La obra está embellecida con una serie de ilustraciones en color, que representan a la Virgen María según la sensibilidad del espíritu cristiano, en diversas partes del mundo, en los cinco continentes; y que son una manifestación de la acción misionera de la Iglesia. Son las siguientes: María Madre de la Iglesia (de la Plaza de San Pedro, Roma); María, «Salus populi romani» (Roma); La Virgen de Guadalupe (México); «Mater Christi» (de Costa d'Avorio); «Mater Amabilis» (de la India); «Regina Mundi» (de china, óleo pintado en 1954); Reina de la Paz (del Vietnam); Icono «Sedes Sapientiae» (de Malawi); «Un Signo glorioso» (de Eslovenia).

En esta obra no se enseña ni se defiende un pan-maranismo en la vida y en la actividad de la Iglesia. El autor intenta explicar, lo hace con competencia, el misterio de María, su lugar en la historia de la salvación, como Madre de Dios y Madre de los hombres, y deducir algunas aplicaciones al hoy y al siempre de la Iglesia, que continúa y prolonga en el mundo la acción salvífica que Ella inició bajo la acción del Espíritu Santo, y que su Hijo llevó a su culmen y consumación con su merte y resurrección. Los principios y los presupuestos nos los ofrece la revelación, a la luz del Magisterio de la Iglesia. Es la línea que sigue el autor: Por este camino Esquerda Bifet ha realizado una labor meritoria y verdaderamente esclarecedora.

E. Llamas

C. Giraud, *Eucaristia per la Chiesa. Prospettive teologiche sull'eucaristia a partire della «lex orandi»*. Aloisiana 22 (Roma-Brescia: Gregorian University Press-Morcelliana, 1989) 680 pp.

«Con este ensayo, dice el autor en el prólogo, he intentado responder a dos instancias, que a primera vista parecen difícilmente conciliables. Ante todo he querido ofrecer a mis alumnos un texto de estudio, en la forma del clásico —aunque enteramente nuevo— tratado *De Eucharistia*. A la vez he tenido presentes

las exigencias de la investigación científica, que de una treintena de años a esta parte está privilegiando la cuestión acerca de la génesis de la *plegaria eucarística*» (p. VI).

Con esto doble propósito el autor, conocido por la importante contribución *La struttura letteraria della Preghiera eucaristica. Saggio sulla genesi letteraria di una forma*, «Analecta Biblica» 92 (Roma 1981, reimpr. 1989) y por otros trabajos en este campo o próximos a él, nos ofrece un volumen compacto, apretado de referencias y de notas, que ha de ser muy útil especialmente a los profesores de liturgia y en especial de la eucaristía. Lo más original, aparte la extraordinaria información que ofrece, es el enfoque metodológico, indicado en el subtítulo y expuesto en el capítulo I, de carácter introductorio: la «lex orandi» como clave de la comprensión de la eucaristía. Y en este sentido la primera parte de la obra nos parece sencillamente monumental, y no sólo por la extensión y el aparato crítico aludido, sino también por el interés del estudio de los ritos de reconciliación que aparecen en la Biblia y que constituyen el transfondo de la Pascua hebrea y de la última Cena de Jesús. En esta perspectiva se analizan la Pascua y los relatos de la Cena, para desembocar en la plegaria eucarística.

El autor expone de nuevo los resultados de sus investigaciones sobre el origen de la plegaria eucarística en la plegaria veterotestamentaria de la *tôdâ* o confesión de los pecados. Después dedica un largo capítulo a analizar una serie de formularios de plegarias eucarísticas, de las liturgias orientales excepto la de la Tradición Apostólica y el Canon Romano y las tres oficiales del Misal. Para su estudio las agrupa en dos secciones atendiendo a lo que el autor denomina «anáforas de dinámica anamnética» y «anáforas de dinámica epiclética», en razón del predominio en la estructura anafórica de uno u otro elemento de la plegaria eucarística. Con estas claves estructurales el autor hace su análisis sobre los textos completos de las anáforas en versión italiana y con un estudio muy preciso del vocabulario del texto original y de sus precedentes semitas. Por este motivo no sorprende encontrarse con unos riquísimos índices de textos bíblicos, de la literatura intertestamentaria, de las anáforas y plegarias eucarísticas, de los términos hebreos, arameos y siríacos y de los términos griegos. Por si fuera poco, se ofrece un índice analítico —además del de autores y una rica bibliografía— y un valioso léxico explicativo de términos técnicos.

La segunda parte de la obra es más reducida, comprendiendo solamente tres capítulos en poco más de 100 páginas. El mismo autor reconoce haber trabajado en la primera parte de manera exhaustiva y que en la segunda lo hace solamente de una manera más reducida a lo esencial de la problemática pre- y posttridentina. Sin embargo, salvo leves referencias a la vida litúrgica (la «lex orandi», principio metodológico de la obra), en realidad esta segunda parte se limita a tocar las cuestiones especulativo-dogmáticas polémicas tanto de la Baja Edad Media como de la Reforma y época posttridentina. No obstante, creemos que el principio metodológico enunciado por el autor y magistralmente utilizado en la primera parte, es válido también para proseguir el estudio del Misterio eucarístico, pero tomando como base, al igual que las plegarias eucarísticas, otros testimonios litúrgicos propiamente tales, el primero de todos el *Ordo Missae* y la eucología menor de los diferentes misales en el caso de la Liturgia Romana. Después las catequesis patrísticas y las explicaciones medievales y posteriores de la Misa. Pero un estudio así requeriría sin duda la colaboración de otros especialistas. C. Girauda tiene el doble mérito de haber trabajado en una muy interesante y fructífera perspectiva para la teología eucarística en la línea del retorno a las fuentes preconizada por el Vaticano II y por los documentos de la reforma litúrgica (por ejemplo la Instrucción *Eucharisticum Mystrium*, de 1967), y de haber llevado a cabo una gran investigación sobre los orígenes de la plegaria eucarística, que habrá que tener en cuenta. La teología

de la eucaristía, que había superado el corsé especulativo y apologético de otros tiempos gracias a los estudios bíblicos y patrísticos, empieza a beneficiarse de los estudios de la eucología litúrgica.

El último capítulo del libro está dedicado a hacer una prospección de la *teología* y de la *pastoral de la eucaristía* de cara al tercer milenio de la Iglesia. El autor ha utilizado la categoría de «milenio teológico» en lugar de la más estricta de «milenio cronológico» para enmarcar la comprensión de la eucaristía en los dos grandes momentos que estudia, es decir, la época representada por la visión bíblica y patrística (y litúrgica), y la época en que la «*lex credendi*» asume el mando, y se hace maestra inapelable para orientar, conducir, reducir y desarticlar impunemente la *lex orandi*» (p. 598; cf. pp. 520 y 594). Esta doble prospección se basa, según Giraud, en la «dinámica literario-teológica» de la plegaria eucarística y en el «itinerario mistagógico» como modelo para la comprensión y la vivencia del Misterio eucarístico como los Santos Padres hicieron a partir de la liturgia. Totalmente de acuerdo con el autor en estos votos, añadiendo por nuestra parte que la línea mistagógica está siendo reclamada cada vez con más insistencia por las voces más autorizadas de la Iglesia (Juan Pablo II, Sínodo de los Obispos de 1985, *Instrucción sobre la Formación litúrgica en los Seminarios*, de 1979; etc.) y por el fracaso patente de una catequesis presacramental y de una pastoral litúrgica demasiado subordinadas a las ciencias del hombre.

Julián López Martín

G. J. Békés, *Eucaristia e Chiesa. Ricerca dell'unità nel dialogo ecumenico*. Liturgia: Fonte e Culmine (Casale Monferrato: Ed. Piemme, 1985) 126 pp.

El profesor de dogmática y de teología ecuménica del P. Ateneo Anselmiano de Roma, ha reunido diversos trabajos publicados anteriormente acerca de algunos documentos del diálogo ecuménico, reelaborados y actualizados en este volumen. El común denominador de todos ellos es, como indica el título, la relación mutua entre Eucaristía e Iglesia, un tema que ha venido a ser de los más fecundos del citado diálogo. Los documentos tomados como base pertenecen a la comisión «Fe y Constitución» del Consejo Ecuménico de las Iglesias, pero se alude también al diálogo bilateral anglicano-católico y católico-luterano. El documento más estudiado es el de Lima con su Liturgia eucarística (1982). Lástima que el autor no se haya ocupado en este volumen del documento de Munich de la Comisión Mixta Internacional de Diálogo Teológico entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa publicado también en 1982 y que toca directamente «el misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz de la Santísima Trinidad».

El interés del libro de Békés no es solamente informativo de los puntos de avance y de encuentro en un tema tan importante como el de la eclesiología eucarística, sino también a causa de las reflexiones de su autor y especialmente de las preguntas que va señalando, planteadas por el diálogo ecuménico, que afectan a las grandes cuestiones de la teología eucarística: presencia sacramental y su interpretación, sacrificio y sacramento, eucaristía y comunión de las Iglesias, dimensión profética de la eucaristía, etc. El volumen nos parece muy útil y recomendable, y pone una vez más de manifiesto la necesidad de una reflexión teológica verdaderamente ecuménica, es decir, apoyada ante todo en la Biblia, en los Padres y en la liturgia.

Julián López Martín

A. Favale, *El ministero presbiterale. Aspetti dottrinali, pastorali, spirituali*. Studi di spiritualità 7 (Roma: Libreria Ateneo Salesiano, 1989) 376 pp.

Esta nueva contribución de A. Favale, de la que existe ya una traducción española, interesa no sólo al campo de la espiritualidad de los presbíteros sino también al de la misma reflexión teológica sobre el ministerio presbiteral. En los últimos años se han multiplicado los estudios sobre la espiritualidad sacerdotal, se han celebrado simposios y congresos como los que han tenido lugar en España entre 1988 y 1989. Característica de estos intentos de renovación de la vida espiritual del presbítero ha sido la búsqueda y la presentación actualizada de los fundamentos doctrinales de este ministerio, los que ha venido acumulando la tradición eclesial, más allá de los acentos de una o de otra época y sobre todo por encima de la polémica sobre si el ministerio presbiteral se basa solamente en la potestad y el carácter sacerdotal, o en la misión.

En este sentido este volumen presta un buen servicio al abordar con gran claridad los aspectos teológicos, pastorales y espirituales —como indica el subtítulo de la obra— del ministerio presbiteral. El autor responde, pues, a estas preguntas: ¿qué es el sacerdote?, ¿para qué sirve?, y ¿cómo debe vivir? La respuesta constituye cada una de las partes dedicadas respectivamente a los aspectos señalados. En la primera el autor expone de manera sintética la naturaleza del ministerio presbiteral a partir de la misión de Cristo y tomando en consideración las dimensiones cristológica, pneumatológica, eclesiológica y escatológica del ministerio, para desembocar en la actualización de la misión de Cristo en la misión de la Iglesia. En este contexto trata la relación y la identidad específica del sacerdocio ministerial respecto del sacerdocio común de los fieles. También dedica un breve capítulo a la situación del diálogo ecuménico sobre el ministerio, analizando entre otros temas el de la ordenación de la mujer.

En la segunda, con una presentación análoga, se exponen las tres funciones del ministerio presbiteral: la Palabra, la santificación y la guía de la comunidad. Destacamos la voluntad integradora de dos aspectos que lamentablemente fueron separados y hasta enfrentados en años no muy lejanos: la evangelización y los sacramentos. La tercera parte es seguramente la mejor contribución de la obra. En ella el autor fundamenta la vida espiritual del presbítero sobre los sacramentos de la Iniciación cristiana y sobre la participación en el sacerdocio de Cristo por el sacramento del Orden, en la línea apuntada por el Vaticano II, y señala los componentes doctrinales, existenciales, operativos y ascéticos de la vida espiritual de los presbíteros.

En resumen, una buena síntesis, una exposición muy clara y completa, y una obra que se debe recomendar a todos los presbíteros y a quienes se preparan para serlo. A los estudiantes de teología, en particular, la obra les ayudará a relacionar la doctrina con la pastoral y con la vivencia del ministerio.

Julián López Martín

J. A. Sayés, *El misterio eucarístico*, Historia Salutis 16, BAC 482 (Madrid: La Editorial Católica, 1986) 434 pp.

No es un libro más de los que de vez en cuando aparecen sobre la Eucaristía abordando algún aspecto particular. El mismo autor ha publicado también en

la BAC un importante estudio sobre *La presencia real de Cristo en la Eucaristía* (Madrid 1976), más divulgativo y actualizador que su tesis doctoral sobre el mismo argumento, aparecida en Burgos tres años antes. Esta vez se trata de un manual sistemático sobre el *Misterio eucarístico* en su conjunto. El título es ciertamente muy acertado, y hace pensar en el tratamiento metodológico del Sacramento de nuestra Fe que postuló la famosa Instrucción *Eucharisticum Mysterium* de 25-V-1967, y que más tarde reivindicara el Papa Juan Pablo II en la Carta *Dominicae Cenaе*, de 24-II-1980, es decir, demandando una visión integradora y conjunta de todos los aspectos de la doctrina tradicional de este misterio, según la relación objetiva que existe entre ellos, para deducir después una pastoral y una espiritualidad eucarísticas coherentes.

Sayés ha querido recoger el fruto de las investigaciones bíblicas, patrísticas e histórico-dogmáticas para ofrecer una síntesis fundamentalmente positiva y expositiva, sin renunciar en algunos puntos a la reflexión especulativa. En este sentido divide la obra en dos partes, la primera *La Eucaristía en la Sagrada Escritura*, en la que analiza en sendos capítulos las principales referencias eucarísticas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se trata, en efecto, de una síntesis de las principales aportaciones de la exégesis y de la teología bíblica, en la que muy justamente se ha dado el relieve que merecen a las figuras y los textos veterotestamentarios que anuncian el Misterio eucarístico y de los que tan ampliamente se sirvieron los Padres y la liturgia.

La segunda parte ya es más compleja, abarcando con el título *La Eucaristía en la Tradición de la Iglesia* no sólo la aportación patrística y de la historia del dogma, sino también la sistematización de los grandes temas doctrinales eucarísticos, *la presencia real, el sacrificio eucarístico y el banquete* —por este orden—, a los que siguen un brevísimo e insuficiente capítulo dedicado a la celebración eucarística y a la relación de la Eucaristía con los demás sacramentos, y un apéndice sobre algunos acuerdos ecuménicos. El capítulo más elaborado es, ciertamente, el dedicado a *la presencia real*, en el que Sayés no sólo sintetiza los trabajos anteriores sobre este tema sino que ofrece, obviamente, la doctrina patrística, de los teólogos y del Magisterio. Sayés opta por comenzar con *la presencia real* y no con *el sacrificio eucarístico*. Las razones que aduce en pp. 112-13, especialmente la de que «resulta difícil, incluso imposible, explicar la presencia del cuerpo y de la sangre de Cristo en este sacramento a partir de su entrega sacrificial a la Iglesia en el pan y en el vino», no nos convencen más que desde los planteamientos de la teología medieval que se vio obligada a resolver el dilema realismo-simbolismo en la Eucaristía, y se limitó a repetir lo que los SS. Padres habían dicho sobre el sacrificio eucarístico y su modo de actualizarse en la celebración. La separación de aspectos del Misterio eucarístico no es obra de los Santos Padres.

Respecto del tema del *Banquete eucarístico*, éste se reduce a los efectos de la participación eucarística, esbozados con alguna apoyatura patrística y del Magisterio. Echamos más en falta la presentación de las estructuras de la celebración eucarística, apenas aludidas en las pp. 383 ss., y sobre todo de la plegaria eucarística, sobre la que tanto se ha investigado y publicado, y que tanta luz ofrece a la teología de la Eucaristía y al diálogo ecuménico.

No obstante, el libro es bastante completo y tiene una gran claridad expositiva que lo hace fácilmente asimilable.

Julián López Martín

A. Elberti, *Il sacerdozio regale dei fedeli nei prodromi del Concilio Ecumenico Vaticano II (1903-1962)*, *Analecta Gregoriana*, 254 (Roma: Editrice P. U. Gregoriana, 1989) 300 pp.

Tesis doctoral del profesor de Sacramentos y Liturgia de la Facultad de Teología de la P. Universidad Gregoriana, iniciada bajo la dirección del P. Salvatore Marsili O.S.B. († 1983) y felizmente llevada a término con la guía del P. Adrient Nocent O.S.B., en la Facultad de Liturgia de San Anselmo. El tema es muy interesante y verdaderamente emblemático del giro teológico que ha supuesto el Vaticano II en materia de eclesiología, de teología litúrgica y de teología del ministerio. No en vano era uno de los temas tratados con más calor por el inolvidable maestro de la teología de la liturgia el P. Marsili, con sus ásperas críticas a la encíclica *Mediator Dei* y con su apasionada presentación de la noción de liturgia del Vaticano II. El P. Elberti nos ofrece un estudio genético-histórico de lo que constituye, por otra parte, el punto de mira de toda la reforma litúrgica del Vaticano II: la participación de los fieles en base al derecho y al deber que tienen, en virtud del bautismo, como sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (SC 14). Desde san Pío X, en el marco del Movimiento litúrgico, hasta la encíclica *Mediator Dei*, y desde ésta hasta las «semanas litúrgicas» inmediatamente anteriores a la apertura del Concilio, el autor analiza textos del magisterio, reacciones y comentarios de teólogos, números monográficos de revistas, etc. para sacar a la luz el lento pero irresistible aflorar a la conciencia de la Iglesia del tema del sacerdocio real de los fieles y de su condición de verdaderos celebrantes de la liturgia. En esta obra de investigación teológica se puede apreciar cómo, efectivamente, el movimiento litúrgico, al postular la participación de los fieles en la liturgia, hizo un gran servicio a la eclesiología y a una visión integral del sacerdocio cristiano.

El autor maneja una mole considerable de documentación y de estudios, pero no se limita a analizar datos sino que enmarca adecuadamente cada aportación en su contexto histórico y doctrinal. De este modo el lector puede apreciar el mosaico de opiniones y de expresiones que pretendían reconocer por una parte la función sacerdotal de los fieles, no sólo en el culto que representa la propia vida sino también en el ofrecimiento eucarístico en unión con Cristo, y por otra dejar bien claro que el Sacrificio de la Misa es obra del ministerio sacerdotal, el único, según se decía, que ejerce el culto litúrgico público e íntegro; olvidando incluso las palabras de la liturgia. La misma encíclica *Mediator Dei* (de 1947), no se libró de una cierta imprecisión y ambigüedad, aunque supuso una verdadera piedra miliar en la recuperación de la idea de la asamblea entera como sujeto activo en la acción litúrgica.

La obra se detiene a las puertas del Vaticano II e invita a seguir estudiando el tema en los documentos conciliares y en la teología postconciliar.

Julián López Martín

S. Felici (dir.), *Crescita dell'uomo nella Catechesi dei Padri (Età Pre-nicena)*, *Convegno di studio e aggiornamento-Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pontificium Institutum Altioris Latinitatis)* Roma, 14-16 marzo 1986. *Biblioteca Scienze Religiose*, 78 (Roma: LAS, 1987) 290 pp.

Contiene este volumen las 18 ponencias y comunicaciones del *Convegno* organizado por la Facultad de Letras cristianas y clásicas de la P. Universidad

Salesiana de Roma en marzo de 1986, reuniendo a especialistas en Patrística, Catequética, Teología, Liturgia, Pedagogía y otras ramas del saber para estudiar interdisciplinariamente la antropología cristiana de los tres primeros siglos en el contexto de la cultura clásica grecorromana y con una particular atención al esfuerzo creador de un nuevo modelo de hombre. La obra de los SS. Padres de la Edad Preñicena puso ciertamente los cimientos de un humanismo pleno.

Las ponencias se abren con una introducción general sobre el sentido de la cultura en los Padres Apostólicos (de A. Quacquarelli), a la que siguen tres estudios sobre el mismo argumento en San Justino, Atenágoras y en las Pseudo-Clementinas. El prof. O. Pasquato afronta la interpretación historiográfica de H. I. Marrou sobre la pedagogía de Clemente de Alejandría, y A. Di Bernardino completa el cuadro pedagógico analizando las instituciones catequéticas para los neófitos de la Iglesia, mientras V. Messina analiza la figura del *didáskalos* cristiano en la *Carta a Diogneto*. el español A. Orbe y F. M. Lethel estudian la antropología de san Ireneo, a la vez que otros cuatro autores analizan otros temas en Tertuliano, San Cipriano, Minucio Félix y Clemente de A. H. Crouzel y C. Riggi estudian, por su parte, la Escuela de Cesarea de Palestina con Orígenes y Gregorio el Taumaturgo. Dos contribuciones más se centran en la educación para la *enkrateia* (continencia) en los SS. Padres del siglo III (G. Sfameni); y en la liturgia como *confessio-professio-celebratio fidei* (A. M. Triacca). Cierra las aportaciones un estudio de la figura de Cristo Maestro en la iconografía preñicena, de J. Janssens.

El conjunto de estudios ofrece una revista muy completa de lo que constituye la primera síntesis entre la pedagogía de la fe y la formación humana en el contexto de la cultura secular, realizada por los Padres de los tres primeros siglos cristianos. Todo un reto y todo un testimonio aun para nuestro tiempo. A la importancia y el interés de los temas tratados en el *Convengno* se une la gran competencia de los autores, verdaderos especialistas en sus respectivos campos. El volumen, por otra parte, pertenece a una colección en la que se han publicado ya numerosas obras sobre la catequesis patrística en diversos temas.

Julián López Martín

Eliseo Tourón, *Escatología cristiana. Aproximación catequética* (Madrid: Ed. San Pío X, 1990) 208 pp.

Como indica el subtítulo, el libro pretende ofrecer una síntesis catequética de los contenidos de la escatología cristiana. Se abre con un capítulo introductorio, sobre la definición, método y categorías clave del discurso escatológico, al que sigue otro que se ocupa de la escatología bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

A partir de aquí, el autor va exponiendo los distintos contenidos en que se articula la esperanza cristiana: parusía, juicio escatológico, resurrección de los muertos, vida eterna, muerte, purgatorio, muerte eterna. En cada uno de estos apartados, el autor sabe poner atinadamente los acentos allí donde puede resultar más interesante para los destinatarios de su trabajo: se desarrolla así el problema de las formas de presencia *actual* de Cristo, que garantizan y anticipan su venida final; se advierte de la doble dimensión del juicio (manifestación victoriosa del Reino y crisis, o autojuicio, del hombre); se señala cómo la resurrección es incoada ya en esta vida por la participación en la existencia del Señor resucitado; se muestra que la vida eterna es, a la vez que divinización del ser humano, su plena humanización; la muerte es presentada como un conmorir del cristiano con Cristo; del purgatorio se subraya su índole de proceso de maduración e inte-

gración personal; en fin, la muerte eterna es vista, según lo hace el Nuevo Testamento, como una posibilidad real que no oscurece la real certeza de la salvación, pero que nos convoca al uso responsable de nuestra libertad.

Cada uno de los capítulos va precedido por un esquema del mismo, y seguido por una breve bibliografía. El libro se cierra con un anexo, en el que diversos ejercicios (de autocomprobación, de síntesis y de ensayo personal) ayudan al lector a evaluar su grado de comprensión del texto y lo estimulan al trabajo de profundización.

La literatura teológica en lengua castellana no abunda precisamente en obras como la aquí presentada, pese a que todo el mundo parece estar de acuerdo en su necesidad. El libro del profesor madrileño puede, por ello, no sólo cubrir su objetivo específico, sino ofrecer un buen modelo de lo que debería ser una obra de alta divulgación, en la que la claridad expositiva no está reñida con la información de primera mano y con la solvencia y rigor teológicos.

Juan Luis Ruiz de la Peña

2) MORAL

Hans-Günter Gruber, *Christliches Eheverständnis im 15. Jahrhundert. Eine moralgeschichtliche Untersuchung zur Ehelehre Dionysius' der Kartäusers*. Studien zur Geschichte der Katholischen Moraltheologie, 29 (Regensburg: Friedrich Pustet 1989) 288 pp.

Nacido en 1957, el autor ha realizado sus estudios de Filosofía y Teología en la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich, en la cual trabaja desde 1986 como colaborador del Instituto de Teología Moral. La obra que aquí se presenta constituye precisamente su disertación de promoción, presentada en la misma universidad en 1988, y realizada bajo la dirección del profesor Johannes Gründel.

La obra se abre con una introducción en la que se explican las intenciones, el método y el procedimiento de la investigación que se propone el autor y en la que se ofrece una presentación de la vida y la persona de Dionisio el Cartujano, así como una perspectiva de su producción literaria, con especial referencia a sus escritos sobre el matrimonio.

En realidad, su pensamiento sobre el matrimonio, se encuentra disperso en la mayor parte de sus obras, ya sea su comentario a las Sentencias o su «Summa fidei orthodoxae», ya en sus comentarios bíblicos y sermones, ya, por fin, en sus escritos de carácter pastoral, como los tratados «De laudabili vita conjugatorum», «De doctrina et regulis vitae christianorum» y su «Summa de vitiis et virtutibus».

En su célebre obra *Contraception*, John T. Noonan supone que la obra de Dionisio *De laudabili vita conjugatorum* habría sido escrita para un laicado piadoso en una época de transición (p. 374) al que ofrece normas muy detalladas sobre la confesión con particular referencia al uso del matrimonio. Gruber anota que ni Noonan ni Waldemar Molinski en su *Theologie der Ehe in der Geschichte* han ofrecido la fuente de su información sobre los destinatarios de tal